



Otra maldad de Pateco
por Ana Lydia Vega



II Concurso Puertorriqueño de Deletreo Contextualizado
Programa de Español

*El negro José Clemente
perdidamente se enamoró
en el río de la Plata
de la mulata María Laó*
Folklore boricua

*Papá Ogún, dios de la guerra
que tiene botas con betún
y cuando anda tiembla la tierra...*
Luis Palés Matos

Los Montero eran dueños de un próspero ingenio azucarero. Veinticinco esclavos negros se estostuzaban de sol a sol para cebarle la panza y el bolsillo a la familia. La casona de los Montero se alzaba cada vez más alta, blanca y orgullosa por encima de las guajanas.

Pateco Patadecabro, siempre travieso y burlón, quiso jugarle una broma gorda a los Montero. Y con el sí de los dioses africanos, metió la pezuña delantera en tinta china, se la espolvoreó con harina de trigo y cantó desentonado:

*Tranco y saco
Saco y tranco
Blanco y negro
Negro y blanco*

—¡Sáquenme ese monstruo de aquí! – berreó Doña Amalia Montero, palideciendo al ver lo que, tras nueve meses de malestares, pataleaba alegremente a su lado. Y se puso más blanca que Blanca Nieves cuando la

comadrona le aseguró que se trataba nada menos que de su legítimo y tan esperado primogénito, el cual, por esas trampas misteriosas de la vida, había nacido con el cuerpo blanco y la cabeza negra.

Demás está decir que la infeliz madre no quiso creerlo. ¿Qué tenía que ver esta bestia bicolor con sus jinchísimas carnes, rubias melechas y azul sangre azul heredada de Castilla la Vieja? ¿Qué dirían las encopetadas damas y distinguidos caballeros criollos en el bautizo del exotiquísimo recién nacido?

La obesa rata de la duda roía incansable el corazón de Don Felipe Montero. Una noche lluviosa ordenó a Cristóbal, uno de sus esclavos, que se llevara a la comprometedora criatura y la dejara abandonada en el monte, a la merced de los elementos. Pero Cristóbal, como suele suceder en estos casos, se apiadó del niño y le salvo la vida, dejándolo al cuidado de una curandera nombrada Mamá Ochú.

Mamá Ochú vivía en una humilde casita a orillas del río de la Plata. Allí se ocupó del crío, lo amamantó y lo vistió como pudo dentro de su pobreza. Tan pronto tuvo el niño capacidad, le dijo su guardiana: —José Clemente te llamarás. Y de esta casa no saldrás sin mi permiso. Afuera anda suelto el mal. Encerrado en la casucha, ignorante del mundo, José Clemente veía pasar los días sin distinguirlos de las noches. Los cuentos que le hacía Mamá Ochú —cuentos de Pateco, Calconte y la Gran Bestia, de Juan Calalú y la Princesa Moriviví— eran su única distracción.

Pero ya al niño le habían crecido tanto la curiosidad y la sed de vida que un día le preguntó —con mucho respeto— a la vieja curandera: —¿Por qué soy blanco y tú negra, Mamá Ochú? Del susto, Mamá Ochú se persignó tres veces

y una al revés. En la casa no había espejos y el niño, que sólo veía su cuerpo y nunca su cabeza, juraba por su blancura total. Mamá Ochú no supo cómo decirle la verdad y por no causarle pena, soltó: —Porque así lo dispuso el Señor Todopoderoso Changó.

El niño pareció conformarse con la explicación. O se hizo. Pasó el tiempo y Mamá Ochú andaba ya creída de que el temporal había pasado, cuando dio un revirón: —Mamá Ochú, ¿de qué color son mis ojos? —Azulitos como el río, mintió la pobre vieja, pidiéndole perdón a Changó por semejante sacrilegio. — ¿Y mi pelo, Mamá Ochú? —Amarillito como el sol. Entonces fue que a José Clemente le entraron verdaderos deseos de conocer el río, de saber el sol y de contemplarse la cabeza. Pero su guardiana le recordó que el mal andaba suelto por los campos y el pobrecito siguió fermentando fantasías en su alambique de sueños clandestinos.

Siguieron galopando los años. José Clemente era un muchacho alto y fuerte. Su curiosidad se había estirado con él. Un día que Mamá Ochú andaba porái buscando leña para el fogón, una sospechosísima ráfaga de viento abrió de sopetón la ventana. Y nacieron el mundo, el río y el sol. Y algo más. Porque en aquel bendito instante acertó a pasar por allí, como por casualidad, una joven esclava de belleza bruja que hubiese hecho reventar de celos a Tembandumba de la Quimbamba. A bañarse en el río venía. Ya iba a quitarse la saya y el camisón cuando José Clemente, quien se había quedado lelo mirándola, preguntó sin malicia: —¿Eres tú la Princesa Moriviví? Al ver aquella cabeza negra sobre aquel cuerpo blanco retratado en la ventana, María Laó

—pues tal era la gracia de la belleza— se asustó tanto que echó a correr, pensando haberse topado con el mismísimo Pateco o algo aún peor.

Sin vacilar, José Clemente brincó ventana abajo y la persiguió un tramo pero, más ligera que una chiringa de marzo, la muchacha desapareció. Enamorado luego triste, José Clemente se echó a llorar junto al río. Así fue como pudo verse por primera vez. Así también supo que no tenía ni los ojos azules ni el pelo amarillo. Y lloró aún más amargamente. Tanto lloró y tan seguido que hubo creciente en el río. Las aguas se agitaron en remolino inesperado y de entre ellas surgió, emborujado en una ola de fuego, el negro grandote y fuerte que es Ogún, con su pañuelo rojo en la cabeza y su machete luminoso a la cintura. —No llores, José Clemente, dijo el aparecido con voz de cañón. El muchacho cayó en cuatro patas. Mamá Ochú le había enseñado a respetar a los mayores y a las divinidades. No se atrevía ni a despegar la cabeza del suelo.

—A Ogún no le complacen las lágrimas, tronó nuevamente la visión. ¡Deja de llorar! —¡Ay, Papá Ogún!, gimió José Clemente. Mírame qué desdichado soy. Ayúdame a encontrar a la Princesa Moriviví. —Ogún soltó una carcajada que puso a temblar la Cordillera Central. —Esta no es tierra de princesas, dijo, con la barriga hinchada de la risa. —Entonces, por lo menos, devuélveme mi color, dijo el muchacho, un poco abochornado ante la burla de Ogún. El dios se puso serio y en seguida repicó como cuero bien tendido: — Entre los tuyos está tu color: cuando seas uno ya no serás dos.

Y tendiéndose su machete, se esfumó por donde mismo había venido. Pensativo quedó José Clemente. ¿Qué había querido decir Ogún? Mamá Ochú

le había dicho que los dioses hablaban con jeringonza. Se levantó y echó a andar por el campo. No sabía qué hacer ni a dónde ir. Mientras vagaba entre las hojas y los bejucos, cayó la noche. Los múcaros lo miraban con sorpresa desde los palos de mangó. Los murciélagos lo rozaban a su paso ciego.

De repente, una claridad rojiza le cerró los ojos. Un olor a caña quemada tomó por sorpresa el aire. Ante la mirada huraña de José Clemente, se abría, como lago de fuego, la pieza de caña incendiada. Las llamas lamían golosas el cielo oscuro. Unos aullidos desgarradores se oyeron a lo lejos. José Clemente rompió a correr hacia ellos, luchando con el humo. Al llegar al lugar de donde parecían provenir, vio la gran casona blanca devorada por el fuego. Por una de las ventanas, dos pares de brazos blancos se agitaban como abanicos salvajes. Los gritos de auxilio ensordecían. Al mismo tiempo, otros quejidos hirieron los oídos del joven. Llegaban medio ahogados desde un miserable barracón encendido.

La indecisión se le eñangotó al frente como una lavandera malhumorada. Ayudar primero a los habitantes de la blanca casona. Ayudar primero a los del barracón. La cosa estaba más difícil que mondar lerenes. Mamá Ochú siempre decía: hacer el bien sin mirar a quién. Sólo que ahora había dos quienes para no mirar. José Clemente cerró los ojos, respiró hondo, juntó los dedos y llamó con toda su energía a Papá Ogún. El crujir socarrón del fuego silenció la invocación. De ambas partes, salían cada vez más desesperados los socorros y las lamentaciones. Como movido por una fuerza superior, José Clemente se dirigió primero hacia el barracón. Allí, hombres y mujeres presos golpeaban las tablas con sus manos llenas de cicatrices. Allí

también, María Laó halaba bravamente los grilletes de su padre para buscar salida. Un solo golpe del machete de Ogún trituró las cadenas y puso, como es propio, a todo el mundo en libertad. Enfrentando las llamas, emprendieron todos veloz carrera hacia la oscuridad. La casona blanca ardía como inmenso anafre en la noche. Con el grupo de alegres libertos siguiéndole los pasos, José Clemente volvió a perderse en la maleza. Al amanecer —y sin proponérselo— se halló de vuelta frente a la casita de Mamá Ochú. La buena vieja aguardaba a su protegido invocando, junto al río, a Changó, Orula, Obatalá y a cuanta divinidad se le antojó. Cuál no sería su sorpresa al ver aparecer al joven, machete en mano, seguido de su gente, con el cuerpo tan negro como la cabeza y una sonrisa cimarrona en los labios.

—¡Alabados sean Changó y Papá Ogún, su valiente guerrero!, dijo Mamá Ochú llorando de alegría al escuchar el relato del recién llegado. Y así fue como José Clemente recuperó el color que Pateco le había escondido para escarmentar a la familia Montero, cuya hacienda y vieja molienda consumió el fuego de Ogún.

Encancaranublado y otros cuentos de naufragio, 1982

Nota aclaratoria:

El texto: “Otra maldad de Pateco” fue reescrito en formato Word con el único propósito de que sea leído y discutido en las salas de clases de las escuelas públicas del Departamento de Educación. Al estudiarlo pueden participar del II Concurso Puertorriqueño de Deletreo Contextualizado del Programa de Español.

Está prohibido publicar en las redes sociales u otro medio que lo haga público. Es solo para uso educativo de los maestros del Departamento de Educación de Puerto Rico.



II CONCURSO PUERTORRIQUEÑO
DE DELETREO CONTEXTUALIZADO



DEPARTAMENTO DE
EDUCACIÓN
GOBIERNO DE PUERTO RICO

